

INFLUENCIA DE LOS MASS-MEDIA EN LAS NEUROSIS SOCIÓGENAS. UNA PROPUESTA LOGOTERAPÉUTICA.

José David Morales Moreno
Facultad de Filosofía
Universidad de Sevilla

Grupo de trabajo: Ética de la comunicación
IX Congreso IBERCOM
Sevilla-Cádiz, 2006.

El objetivo de esta comunicación es un acercamiento a las distintas manifestaciones de la conducta humana que podrían ser calificadas como socialmente nocivas o patológicas, y reconocer la influencia de los medios de comunicación de masas en su desarrollo y potenciación.

Es justo aclarar que toda interpretación psicológica responde a un patrón antropológico que ancla una visión del hombre y de su mundo. A lo largo de su historia, las diferentes escuelas psicológicas han interpretado los modos de desenvolverse el hombre en su sociedad y en su tiempo. Cada época tiene sus neurosis; o lo que es lo mismo, las circunstancias socio-históricas condicionan a los hombres y su manera de percibir la realidad. A este condicionamiento socio-histórico que genera neurosis colectivas o sociales es al que se refiere este estudio.

Una somera mirada a las principales escuelas psicoterapéuticas nos revela las distintas percepciones de la realidad de cada época. Así, a principios de siglo, Freud definía la patología general de la sociedad como un exceso de libido reprimida y apostaba por la voluntad de placer como motor existencial de la condición humana. Adler, padre de la psicología individual, advertiría –sólo unas décadas después- que las causas del malestar social eran debidas a los complejos de inferioridad acumulados por el infante en su etapa formativa, y proponía la voluntad de poder como motor vital e instancia superadora de dichos complejos. De este modo, llegamos hasta la logoterapia, teoría creada por Víctor Frankl a mediados del siglo XX, sobre la que se basa esta investigación. Para el Dr. Frankl la patología de nuestra época es el vacío existencial, y su propuesta terapéutica, la voluntad de sentido.

Como hemos mencionado antes, la visión antropológica de la logoterapia no pretende ser dogmática, ni proclamarse como la única factible. Cada corriente psicológica o intelectual mantiene una perspectiva sobre el fenómeno humano, que no tiene por qué coincidir necesariamente con la que propone esta comunicación.

Una vez aclarado este aspecto metódico, pasamos a introducir la logoterapia. Nuestro objetivo es poner de manifiesto la ligadura que une esta cosmovisión con el fenómeno de la postmodernidad y las influencias de los *mass media* en nuestra época.

Para comprender un poco mejor la cuestión, y presuponiendo que no todos los presentes tienen noticia de la logoterapia, expondremos someramente de qué se trata. La logoterapia está catalogada como la tercera escuela de psicoterapia de Viena; su fundador, Víctor Frankl, fue un médico psiquiatra judío recluido durante cuatro años en distintos campos de concentración nazis. Allí tuvo la oportunidad de probar por sí mismo la legitimidad de sus presupuestos, que le ayudaron a él y a otros prisioneros a sobrevivir en condiciones inhumanas. A esta penosa situación la catalogó como el *experimentum crucis* que le valió para confirmar la mayoría de sus intuiciones. Tras su liberación, Frankl se doctora en filosofía, ampliando sus conocimientos sobre la existencia humana.

Podemos decir que los dos pilares fundamentales de la logoterapia son: el **análisis existencial fenomenológico** –método que abarca a la persona en su totalidad- y la **antropología logoterapéutica**, marco que encuadra el actuar humano. De su estudio y desarrollo, el Doctor vienés obtiene la idea de que el impulso último que sacude la existencia humana es la necesidad de significar su vida, aun por encima de la voluntad de placer y de poder. De esta visión surgirán las técnicas logoterapéuticas y multitud de ensayos científicos –entre los que destaca *El hombre en busca de sentido-*, así como test que validarán la logoterapia

clínicamente (logo-test y P.I.L.). La vida de Víctor Frankl es una colección de records y la demostración en persona de la validez de su método.

LA INFLUENCIA SOCIAL DE LOS MASS-MEDIA

Aunque no sea cierto el tópico de que “una imagen vale más que mil palabras”, hay que reconocer que la imagen es la herramienta de un lenguaje universal. No vemos en chino, alemán o árabe, sino en un código sin barreras compartido básicamente por todas las culturas del mundo.

La televisión sustituye a las niñeras para ayudar a las madres estresadas. Ofrece una *paideia* común en muy diversos países, que limita enormemente la capacidad de reflexión y pensamiento abstracto. El hombre ya no se educa con palabras que remiten a conceptos, sino con imágenes que despiertan emociones. El niño que se desarrolla a través del medio audiovisual no necesita ya de otros signos, se va haciendo *homo-videns* (Sartori). Como tal, reclama entretenimiento y se transforma también en *homo-ludens*, abdicando de su libertad responsable. No hay maestros, ni autoridades educativas: la hiperdemocracia reclama en su parcela cultural la muerte de las elites, propicia una cultura de masas sin jerarquías (Ortega).

En España, una de cada dos personas lee menos de un libro al año. ¿Para qué tanta información? Nuestra sociedad se halla sobrecargada de una información que ni siquiera registra, que no es capaz de asumir ni integrar en sus procesos existenciales. Además, sólo son seleccionadas un 10% de las observaciones potencialmente accesibles al público. ¿Quién lleva a cabo esa selección? ¿A quién pedir cuentas?

En el país supuestamente más desarrollado del mundo –Estados Unidos- la situación no es más favorable. En 1954 las familias consumían una media de 3 horas diarias de televisión; en 1994, el porcentaje se duplicaba. ¿En cuántas horas se traduce la revolución de la TDT? Las últimas investigaciones indican que Internet supera incluso estos umbrales.

La distribución del tiempo de la vida cotidiana en horas de trabajo, descanso y entretenimiento parece evidente: 8 por 3. La vida se vuelve así en gran medida virtual, se sumerge en un espacio simulado, ella misma se hace simulacro. Obedecemos a Negroponte: somos digitales.

Jugamos a una segunda vida (*second life*) donde podemos desplegar todas las potencialidades que la realidad nos sustrae. Los *ciborg* se desenvuelven en un sueño donde pueden elegir libremente sus riesgos y calcular sus costes, pero sus vidas sufren las consecuencias de esas fantasías interactivas. En este tipo de dinámicas, las fronteras entre lo verdadero y lo falso, lo real y lo ficticio se disuelven en una estética autorreferencial donde el sujeto no se implica existencialmente más que de modo derivado.

La vida social pierde entonces consistencia: aglomera personalidades que se cierran sobre sí mismas y que sólo interactúan con quienes comparten sus gustos y sus preferencias. En esos contextos desaparece la posibilidad de la democracia porque se disuelve el tejido ciudadano. El gobierno del pueblo ya no es más que el gobierno de la opinión o de la diversión, que fragmentan la sociedad en un sinnúmero de comunidades virtuales.

Aunque en muchos casos inviten a la interacción, los medios propician actitudes de consumo predominantemente pasivas. Las opciones a elegir son limitadas, si bien parece lo contrario: al usuario se le permite desenvolverse “libremente”, pero siempre dentro de la lógica de un sistema impuesto. Todas las variantes de esa lógica posibilitan únicamente pseudo-diferencias que alimentan la ilusión de una existencia sin ataduras.

Esta fantasía supone paradójicamente una carga: existen demasiadas posibilidades; no sabemos a cuál atender, carecemos de criterios estables. Nos vemos obligados a examinar todas las alternativas para terminar en... la duda. Cuando las posibilidades de elegir tienden a infinito, la capacidad de elección tiende a cero. Y también la responsabilidad.

La avidez de novedades –sobre la cual reflexiona ampliamente Heidegger en *Ser y Tiempo*- enfatiza el presente y el futuro inmediato; lleva a vivir con una superficial intensidad la fugacidad del instante, como gritan los *punk*: “*No future*”. (Buen eslogan si se utilizara para publicitar cosmética).

De las cosas y de las personas se aprecia ante todo su novedosa apariencia: su imagen. Conocer y comprender se reducen a ver. Sin embargo, las narrativas audiovisuales y

cibernéticas no ofrecen metarrelatos, sino un presente continuo falto de coherencia regido por la lógica de la inmediatez, que de mil modos intenta detener el tiempo para soñar la utopía de una juventud eterna. Al no haber proyectos, se deshace la voluntad, se inutiliza el esfuerzo, quiebran las convicciones e incluso el sentido: saber significa sólo *saborear*.

LA SOCIEDAD POSMODERNA: UN DIAGNÓSTICO

Ahora es necesario exponer la situación actual en la que nos encontramos inmersos para tratar de encontrar las raíces del malestar de nuestra cultura. Para ello recurriremos a ciertos filósofos, sociólogos y antropólogos que se caracterizan por ser los notarios de nuestra sociedad actual, ya que más que aportar teorías o soluciones, describen con gran ingenio literario las características principales de las sociedades occidentales contemporáneas. Tomando sus veredictos como un chequeo de nuestra situación actual, trataremos a continuación de defender las tempranas intuiciones de la logoterapia sobre las neurosis colectivas de nuestra época, y las posibles soluciones y recomendaciones psico-higiénicas ante sus síntomas.

Lyotard, Baudrillard, Foucault, Deleuze, Camus, Heidegger, Lipovetsky, Lorenz... todos ellos vienen a designar nuestra época como una ruptura con el pensamiento ilustrado: la modernidad ya no puede salvarnos con sus grandes relatos. El auge de la razón empieza a hacer aguas y su credibilidad a resquebrajarse. El hombre está cansado de ser la conciencia del universo, desea descansar del esfuerzo prometeico de la modernidad, relajarse y dejarse llevar por sus sentimientos. Estos son algunos de los síntomas de lo que se denomina postmodernidad.

Pasemos ahora a analizar más detalladamente cuáles son esos rasgos que nos definen como una sociedad postmoderna. Hemos de hacernos conscientes de la complejidad del tema, pues en él intervienen múltiples variables de índole filosófica, artística, cultural, religiosa, psicológica, social, etc. Sin embargo, como nuestra pretensión es mostrar los rasgos principales del fenómeno sin entrar en pormenores más específicos, comencemos por una simple definición de Ritzer:

“Hay muchas formas de caracterizar la diferencia entre los mundos moderno y postmoderno, pero –como ejemplo- una de las mejores es la diferencia de puntos de vista sobre si es posible encontrar soluciones racionales a los problemas de la sociedad. En otras palabras, la época postmoderna desespera de la razón, pierde la fe en la razón...”

Este malestar contra la razón no es un hecho nuevo, es un arcano planteamiento del absurdo de toda acción o del esfuerzo de la razón por hacer inteligible el mundo. El romanticismo se considera la primera reacción antimoderna, aunque se trata más bien de una reacción nostálgica. Después ha habido muchos otros brotes inconformistas frente a la razón: cerca de nosotros el movimiento *hippy* y la revuelta del mayo francés de 1968. La postmodernidad surge a partir del momento en que la humanidad empieza a tomar conciencia de que ya no es válido el proyecto moderno. No podemos entender bien la postmodernidad si no nos percatamos de que toda ella está atravesada por una conciencia de desencanto y de vacío.

El adiós definitivo a la idea de progreso despide las grandes utopías sociales de los ilustrados. Estos creyeron en una victoria sobre la ignorancia y la servidumbre por medio de la ciencia; los capitalistas esperaban la felicidad por medio de la nacionalización de las estructuras; los marxistas, la emancipación del proletariado. En la modernidad, las discusiones sobre el *cómo* podían ser bizantinas, pero al menos había una confianza en *que* era posible un proyecto emancipador. Sin embargo, a lo largo de los últimos años todas estas esperanzas han empezado a desmoronarse. Es verdad que la ciencia ha mejorado mucho nuestras condiciones de vida, pero también posibilitó el holocausto judío y el horror de Hiroshima y Nagasaki; el Estado de Bienestar nos ha traído una cierta igualdad, pero también nos ha generado indiferencia ante las reivindicaciones de los demás. Las sociedades tardocapitalistas nos han colmado de objetos de consumo y de un alto nivel de vida, pero han venido acompañadas de aburrimiento y sinsentido.

La postmodernidad muestra el rostro ajado de un mundo duro, que no es aceptado, pero que tampoco se espera cambiar. Ante la falta de alternativas, nuestro tiempo se mece en una melancolía suave; el desencanto recorre las entrañas de los intelectuales y los políticos. La sola idea de la novedad por la novedad cansa, aunque es la mecánica de nuestra época, desengañada del progreso, condenada al eterno retorno de lo igual. Si la modernidad se define como la época de la superación, la postmodernidad no se siente llamada a superar nada: es simplemente el escenario que sucede cronológicamente a la modernidad.

Según Lyotard, han caído las grandes explicaciones unitarias y coherentes, los metarrelatos, las cosmovisiones. Las totalizaciones con que la época moderna pretendía explicar el mundo, a través de grandes teorías de ambición universal y de unas pocas premisas-clave, impedían una visión lúcida de las cosas y llegaban a tyrannizar a quienes las sostenían, haciendo coincidir el fenómeno con la explicación dada. Estas deficiencias, así como la demostración de su carácter utópico, hacen que los postmodernos abandonen toda estela superadora y –lejos de proponer alguna alternativa- se dediquen a una crítica exasperada de la razón engañadora. Las banderas comunes que podían convocar movilizaciones sociales se guardan en el desván de los trastos viejos; el ciudadano disfruta la soberanía de su nuevo estatus de confort y se sienta a gozar de sus éxitos.

De este modo, el presente de la política se acerca al esperpento, al particularismo exacerbado propio de una sociedad hedonista, donde todos reivindican carta de naturaleza para sus preferencias personales y se constituyen en comunidades minúsculas partiendo de criterios que bordean el capricho (asociaciones de jubilados, de padres solteros, de obesos, de feos, de agorafobos, etc.). Conscientes de la fuerza que les da la unión, conjuran al poder político, que se dispersa en un mar de minorías a las que tiene que contentar a cualquier precio. El espacio propio de la reivindicación política se vuelve ridículo, en una miniaturización interminable del derecho a la diferencia. La muerte de la razón como instancia legitimadora de las acciones individuales da paso al hedonismo, al principio de placer, a la primacía de las preferencias personales, al hiperindividualismo. A fuerza de subrayar la propia identidad individual, se tiende a percibir al otro como un animal extraño; el otro es una representación teatral de lo absurdo, aunque la sociedad finja respetarlo *a priori*. La extravagancia de su particularidad parece diferente a la nuestra en el plano superficial, pero resulta idéntica en sus principios. La hiperdemocracia rescata lo monstruoso de su soledad vergonzosa para concederle –por medio de una discriminación positiva presuntamente solidaria- no sólo el derecho a la igualdad, sino las posiciones más adelantadas del elenco social, que lo convierten en signo de superdesarrollo. Lo *freak* es el exponente máximo de una sociedad hiperliberal que en el fondo no puede contener la risa ante tal espectáculo progresista-decadente.

La consecuencia lógica de esta hiperlibertad es la tendencia al hedonismo. No muy convencido de sus razones (recordemos que desespera de explicar los fundamentos de la sociedad por medio de la razón), el ideario hedonista-democrático postula que toda acción placentera es legítima en tanto no interfiera en la libre elección del otro. A partir de aquí, los lenguajes se dispersan, las lógicas se fragmentan y personalizan, y la norma social se traduce en un *todo vale*. Las posibilidades de interacción se reducen tanto más cuanto más lejos se lleva la exaltación de la propia identidad.

“(…) La sociedad que parecía armonizarse gracias a la igualdad, ahora está en vías de transformar al otro en extranjero, en estrambótico mutante. De modo que la aprehensión del otro no es la igualdad ni la *des-igualdad*; es la curiosidad divertida (el show). En cualquier caso, la sociedad sigue rigiéndose por el principio absoluto de que todos somos iguales y, por lo tanto, equivalentes e intercambiables” (Lipovestky).

Siguiendo este hedonismo surgido de una súper-libertad (ni rastro de responsabilidad), la postmodernidad se afirma como la época del yo, del intimismo, de los libros de autodesarrollo y del *self-bricolage*, que vienen a sustituir la pérdida de confianza en un proyecto común. Sólo cabe concentrar todas las fuerzas en la realización personal, en la obsesión por la propia salud y la terapia personal. El *prometeo* moderno se transforma en un *narciso* impenitente, estúpidamente inmóvil frente a su imagen, más que perfeccionada por las técnicas a su alcance: con los cosméticos antiarrugas y las operaciones estéticas, al sujeto se le propone eternizar su juventud. La muerte de la ética trae consigo su sustitución por la estética. Ante la ausencia de un futuro por el que esforzarse y la decadencia de un pasado arquetípico del que

ya no nos sentimos deudores, la presentización pretende cubrir los vacíos e impone la lógica de la inmediatez, un *ahora* sin pasado ni porvenir, sin raíces ni proyectos, donde cada uno puede hacer lo que quiera, donde desaparece toda barrera y todo parece indiferente. El único imperativo es: *¡Vive feliz!*

La sensación de final que se mastica en la postmodernidad tal vez sea el más característico de sus rasgos, pues desde él se articula toda una (seudo)lógica de la irracionalidad, que provoca desde la aceleración de los tiempos a la fractura de la linealidad cronológica; desde el anclaje a la estética como fundamento sustitutivo de la conducta bien guiada, a la preponderancia del parecer sobre el ser; desde la *yoización* de la sociedad a la fractura esquizofrénica de las personalidades en mosaicos (el pensamiento débil, la despersonalización, la multiplicación de vidas virtuales paralelas). Es la apoteosis del simulacro, como han apuntado Baudrillard y Philip K. Dick.

Hedonismo, ausencia superficial de angustia (interesa lo lúdico, omnipresencia de lo festivo que simula felicidad pero que oculta una antítesis), igualitarismo, nihilismo (dado el imperio de lo débil y de lo *light*, se vive en la desfundamentación pero sin saber por qué, pues ya no se cree en las razones y eso se vive sin tragedia, como una alegre novedad). Variedad y originalidad (ésta es la superficie colorista y *dicharachera* de la postmodernidad. Ante la ausencia de un pensamiento fuerte, es precisa una variedad interminable de novedades que nos entretengan). Individualismo, autorreferencia (como sustitutivo del vacío de los grandes relatos). Utilitarismo (el hecho de que el sistema carezca de fines claros no lo hace inútil, quedan los fines del deseo y el capricho personal, el consumismo). He aquí los rasgos generales de la postmodernidad en cuanto tendencia social e ideológica de nuestro tiempo.

UNA PROPUESTA LOGOTERAPÉUTICA

Una vez valoradas las variantes de la sintomatología de nuestra época, cabe preguntarse si – desde un punto de vista psicológico- toda esta representación concuerda con la imagen ideal de una sociedad sana donde los ciudadanos se pueden desarrollar de la mejor manera posible, cubriendo todas sus necesidades existenciales. Para responder a estas cuestiones acudiremos a la logoterapia y, más concretamente, a su teoría de las neurosis colectivas y a su interpretación del inconsciente colectivo. Nuestro propósito es diagnosticar las patologías de nuestras sociedades y proponer posibles terapias.

Tras el estudio de las principales corrientes psicoterapéuticas de su tiempo, Frankl llega a la conclusión de que ninguna de ellas responde a lo más específicamente humano. Es preciso diseñar otra alternativa que abarque todas las dimensiones del hombre y no sólo aquéllas que derivan de psicodinámicas biologicistas. Los rasgos exclusivos de lo humano caen fuera de toda pretensión de objetividad científica: el amor, el sentido, el destino o el valor no pueden ser tratados con el utilaje positivista, y sin embargo no es posible dar una respuesta a los deseos y necesidades del hombre sin considerar estos aspectos.

¿Qué es para Frankl lo humano? ¿Cómo se concibe la persona desde la logoterapia? Sin duda estas cuestiones resultan capitales para cualquier terapia, pero para el anhelo rehumanizante de la logoterapia se tornan un eje axial. No en vano prevenía el autor que el hecho antropológico precede necesariamente a la psicoterapia. La antropología logoterapéutica se convierte así en llave de entrada a las estancias de la cosmovisión del vivir humano, del darse el hombre en el mundo y el mundo en el hombre.

No puede existir una psicoterapia sin una visión del hombre, del mundo y de la vida, pues todo hecho psicológico se desarrolla bajo un **horizonte apriorístico**. Hemos mencionado antes las carencias que percibía Frankl en la psicoterapia de su época, que se ceñía a patrones psicodinámicos y no abandonaba jamás la estela de lo biopsicológico, limitando su vuelo y su capacidad de aceptar otros planos o dimensiones dentro del acontecer humano. Se trataba de una ciencia **reduccionista** y entregada al **psicologismo**. El hombre y el científico hastiados del

espíritu beben de la fuente de donde mana nuestro **nihilismo contemporáneo**. Una psicología que no registre el hecho espiritual es una ciencia ciega a esa herramienta tan precisa que supone la **voluntad de sentido**. Uno de los objetivos de la **antropología psicoterapéutica** es desvelar la imagen del hombre que subyace bajo los diferentes planteamientos psicológicos y explicitarla, porque de la imagen del hombre que mantenga cada psicoterapeuta dependerá su técnica, y ésta –lejos de ayudar al paciente- puede convertirse en una causa agravante de su patología, provocándole –por ejemplo- **neurosis iatrogenas**.

La tarea de Frankl se presenta titánica, pues una investigación que quiere abarcar lo específicamente humano debe ser necesariamente multidisciplinar y con pretensión de sistema. Antropología, sociología, filosofía, teología... son algunas de las disciplinas que nutren sus investigaciones y establecen los fundamentos de la psicoterapia, la base sobre la cual construye su comprensión del hombre y de su relación con las circunstancias. De esta simbiosis se nutren las ramas más interesantes de este proyecto: la **antropología logoterapéutica** y el **análisis existencial**, basado en la capacidad humana de **autotrascendencia** y **autodistanciamiento**. A partir de aquí va tomando forma una idea del enfermar humano, de las patologías propias de nuestro tiempo y del mejor modo de afrontarlas. Tras las dolencias de nuestra época se desvelan una frustración y un vacío existenciales que generan **neurosis noógenas**.

Para ser más precisos hay que puntualizar que la **frustración existencial**, aunque en sí no es patógena, puede despertar patologías y llegar a ser tan peligrosa como cualquier **psicosis**, provocando incluso el **suicidio**. Los estados de frustración suelen darse en las personas cuando se encuentran inmersas en tribulaciones que no saben resolver. A estos estados de ánimo los denominó Jaspers **situaciones-límite**: la muerte, el sufrimiento, la culpa o el azar nos arrojan de nuestra cotidianidad mundana, nos sacuden y nos sacan de nuestras rutinas, llevan al hombre a percatarse de la precariedad de su vida y a cuestionarse sobre el sentido de su existencia. Repetimos que el hecho de cuestionarse la existencia no es en sí patológico, pero el hecho de hallarse frente a una situación-límite nos hace apelar a una voluntad de vivir. El problema es que ésta se encuentra desfondada precisamente en los momentos de desazón, cuando la **sensación de absurdo** es más fuerte.

Si retomamos las anteriores reflexiones sobre la subjetividad postmoderna, entenderemos la actualidad de esta terapia, específicamente dirigida a sanar las destructivas secuelas del nihilismo contemporáneo. Para *Frankl* es en este tipo de experiencias cuando hay que apelar a una **voluntad de sentido** que refuerce la **voluntad de vivir**. “La voluntad de vivir se convierte en un *deber vivir*, justamente cuando la supervivencia tiene un sentido”. Es aquí donde se apuntala la fuerza de la logoterapia frente a otras escuelas de índole psicodinámica, pues si bien éstas destacan alguna **pulsión** o instinto como motor de la vida psicológica y física, no bastan para hacer frente a las situaciones-límite. En ellas es preciso apelar a un sentido. Sobrevivir sin un sentido resulta inútil, como dijera Nietzsche: “Sólo el que sepa por qué vivir, será capaz de soportar casi todas las condiciones de la vida”.

De este modo, podemos reconocer en la **frustración existencial** una tendencia social, un sentimiento de absurdo que parece típico de nuestra época posmoderna, ligado lo que podríamos denominar el **vacío existencial**. La pérdida paulatina de nuestras referencias y la decadencia de las **tradiciones** parecen las causas más plausibles de esta patología que podríamos catalogar de sociógena (**neurosis colectivas**). El **conformismo** y **totalitarismo** son síntomas colaterales, pues –a la larga- esta ausencia de norte lleva al hombre a no saber incluso lo que quiere o es mejor para él. Estas neurosis colectivas toman forma de frustración existencial desde los distintos problemas que más preocupan a nuestras sociedades: **drogodependencia**, **delincuencia** y (auto)**agresión**. La búsqueda de lo espiritual desciende hasta las profundidades del inconsciente, pero a la vez es una **psicología de altura**, de las alturas de la trascendencia en busca de un sentido, de la altura del **autodistanciamiento** de la persona físico-psíquica, y éstas son dos cualidades específicamente humanas. La **autotrascendencia** es salir al encuentro de un sentido que cumplir, bien sea algo o alguien. El **autodistanciamiento** es la capacidad para asumir perspectivas no egocéntricas, relativizando el propio punto de vista, el propio juicio.

Esta búsqueda está dirigida por la conciencia, que es el **órgano del sentido**. El sentido no puede ser dado por el terapeuta, más bien debe hallarse según la **conciencia moral** y mediante un diálogo socrático con el terapeuta, donde prime el hecho existencial del encuentro entre un *homo patiens* y un *homo ayudans*. En ningún caso el terapeuta debe imponer su propia cosmovisión, aunque sí puede sugerir los diferentes tipos de **valores (creativos, vivenciales o aptitudinales)** y **resignificar** las vivencias a la luz de estos valores, sobre todo en las situaciones de sufrimiento sin sentido que se convierten en desesperación.

El hecho de dar un sentido a una situación aparentemente **absurda** de sufrimiento implica hacernos conscientes de que la vida siempre tiene un sentido. Más que preguntarle cuál es, hemos de dejarnos interpelar por nuestras **situaciones vivenciales**. Ésta es la tarea del *homo pati*, que –como diría Heidegger– es un ser arrojado a su existencia (**Dasein**) y en cada momento debe decidir su sentido. He aquí una concisa pero lúcida definición de responsabilidad –concepto que el sujeto posmoderno ni siquiera parece vislumbrar.

El nihilismo de hoy es el reduccionismo del ser “*nada más que...*”, el trazado de una imagen **unidimensional** del hombre que le encierra en su mecánica biopsicológica y no abre cauce a sus expresiones más íntimas y esenciales. Frente a esta unidimensionalidad Frankl propone una **ontología dimensional** no reduccionista, atenta a la **pluridimensionalidad antropológica**. Si eliminamos *a priori* esta riqueza específicamente humana, nos limitaremos al plano de los **fenómenos subhumanos** y convertiremos la ciencia en ideología, la biología en biologicismo y la psicología en psicologismo. Paradójicamente, este reduccionismo procede con frecuencia de un intento de desenmascarar la acción humana para descubrir sus más profundos motivos. Pero es un intento errado, que aboca al nihilismo y socava el entusiasmo por los valores y los ideales. Así se genera un cinismo social que se traduce en neurosis colectivas y vacío existencial. Ante esta dinámica, la auténtica tarea del terapeuta es restablecer la capacidad de goce, de trabajo y de sufrimiento en el paciente. Para ello resulta imprescindible una idea adecuada de lo que significa ser persona, de lo que suponen la enfermedad y la salud.

Una vez delimitados los contornos de la **antropología psicoterapéutica**, es preciso profundizar en la idea de hombre a través de una metodología multi- e interdisciplinar. Las ciencias del espíritu: filosofía, ontología, epistemología, metafísica... contribuyen a definir el la silueta de lo humano. La logoterapia se apoya en todos estos dominios cognitivos, pero también en una **certeza axiológica** previa: la **autocomprensión ontológica prerreflexiva** del ser humano. El **análisis fenomenológico existencial** describe las vivencias del existente tal y como se le dan a su conciencia. Para esta tarea no se requiere todavía del médico. Ni siquiera la **psicohigiene** y la **profilaxis de las neurosis** son responsabilidad exclusiva de la medicina; también el filósofo, el educador, el antropólogo y el sociólogo pueden emprender el **análisis existencial**.

No se trata de lograr una interpretación global y completa de la existencia humana; se trata más bien de explicitar lo que significa la existencia para la conciencia en general y para cada biografía en particular. La existencia nunca viene dada por completo; se va desvelando a medida que el sujeto la va viviendo. La **filosofía existencial** ha aportado a este campo multitud de interpretaciones que no pasaron desapercibidas a Frankl y que abarcan desde Kierkegaard hasta Heidegger, pasando por Scheler, Jaspers y Ortega. Todos estos autores dilucidan la manera de ser del hombre en el mundo y la donación de la realidad a la conciencia: la idea del sujeto pensante que vivencia su entorno.

En resumen, lo que diferencia a la logoterapia y la caracteriza frente a otras terapias es su pretensión de encontrar y especificar lo **esencialmente humano**. Sólo una psicoterapia que se atreva a ir más allá de la psicodinámica y las investigaciones conductuales con animales, puede **rehumanizar la psicología, ontologizar los valores** y abrir las puertas a un futuro más esperanzador en el panorama de la psicopatología.

Como hemos visto, la frustración existencial y la carencia de sentido adquieren una dimensión realmente espeluznante en las sociedades postmodernas. La teoría que nosotros proponemos en este foro es que la logoterapia puede ser la terapia específica para esta época de hastío,

donde la desesperación y la sensación de absurdo toman carácter de pandemia que supera las fronteras de países y continentes. Desde este mismo ámbito y sin salirnos del campo de las patologías sociógenas, la idea que late bajo todas estas observaciones es hasta qué punto los medios de comunicación masivos cooperan con la divulgación de este mensaje desesperanzador de la postmodernidad. Hasta qué punto son la una causa de la otra y viceversa.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Lo que nos tiene que preocupar realmente es la fragilización de la sociedad y del sujeto individual. En muchos aspectos disponemos de más opciones que nunca, pero jamás hemos experimentado tantas dificultades, tantos malestares y ansiedades. El hombre postmoderno es aparentemente libre, pero en realidad se halla *librado* a su suerte, sometido a los imperativos de un sistema impersonal cuyos resortes no puede controlar, y a los vaivenes de sus propios caprichos. Es un ser quebradizo, maleable, vulnerable.

Muy sabiamente, Frankl recomendó que en la costa oeste de los Estados Unidos se erigiera otro monumento complementario a la Estatua de la Libertad: la Estatua de la Responsabilidad.

BIBLOGRAFIA:

Fuentes principales:

- Frankl, V. E. (1988) *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. (2003) *Logoterapia y análisis existencial*. Barcelona. Herder.
- Frankl, V. E. *Teoría y terapia de las neurosis*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. *El hombre en busca de sentido último*. Barcelona: Herder.

Fuentes secundarias:

- Acevedo, G. (1996) *El modo humano de enfermar*. Buenos Aires: Fundación argentina de Logoterapia.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2001) *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lipovetsky G. (2002) *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Oro, O. R. (2005) *Persona y personalidad*. Buenos Aires: Fundación Argentina de Logoterapia.
- Sartori G. (2005) *Homo videns, la sociedad teledirigida*. Madrid: Suma de Letras S.L.
